

Los movimientos en la misión de la Iglesia

Tres discursos de Juan Pablo II,

Suplemento a «Litterae Communions CL» n. 11/1985, pp. 3-8

[Corrección de erratas en la edición italiana de 1985]

Introducción

1. Hablando a los participantes en el Congreso «Los movimientos en la Iglesia», Juan Pablo II afirmó que estos «deben reflejar en sí el misterio de ese amor del que la Iglesia nació y nace continuamente», pues «en el seno de la Iglesia, Pueblo de Dios, expresan ese movimiento múltiple que es la respuesta del hombre a la Revelación, al Evangelio». En pocas frases, el Papa trazó una singular visión de la Iglesia como movimiento, que nace del amor eterno del Padre, a través de la misión del Hijo y del Espíritu, para inscribirse «en la historia del hombre y de las comunidades humanas» (Castelgandolfo, 27 de septiembre de 1981).

Partiendo del nexo Iglesia-misión, el Santo Padre arroja una primera y significativa luz sobre la naturaleza de los movimientos, que solo resultan comprensibles dentro de la misión de la Iglesia, más aún, nacen para la misión de la Iglesia. De hecho, la mayoría surgió en torno al Concilio Vaticano II, que volvió a proponer enérgicamente la naturaleza misionera de la Iglesia, invitando a los cristianos a «abatir los bastiones». El dinamismo del crecimiento de la Iglesia, y análogamente de los movimientos, debe ser la propuesta de un mensaje que llegue hasta los confines del mundo y nunca un egotismo colectivo que se consume a sí mismo.

A partir de entonces, el Pontífice retomó en varias ocasiones el tema de los movimientos, profundizando en ese significado primitivo. Su discurso al movimiento de Schönstatt, con motivo del centenario del nacimiento de su fundador, nos ofrece de hecho un segundo elemento significativo para comprender mejor la naturaleza de los movimientos, el concepto de carisma. «Habéis venido hasta aquí desde muchos países para dar gracias a Dios por el don que os ha concedido en la persona del padre Kentenich. Con el recuerdo vivo de su figura y de su mensaje, habéis querido renovar vuestro espíritu para continuar con su legado espiritual y para difundirlo, para llegar a ser cada vez más una familia espiritual que vive en virtud del *carisma de su fundación* y que realiza así su propia vocación al servicio de la Iglesia y del mundo» (20 de septiembre de 1985, n. 2).

Unos días antes había insistido en ese mismo punto hablando a los sacerdotes de Comunión y Liberación: «Renovad continuamente el descubrimiento del carisma que os ha fascinado y eso os conducirá más fuertemente a haceros servidores de la única potestad que es Cristo Señor» (A los participantes en un curso de Ejercicios espirituales para sacerdotes promovido por Comunión y Liberación, 12 de septiembre de 1985, n. 3).

El carisma, por tanto, se reconoce y se afirma como vía que lleva a Cristo, más aún, como la actualización histórica concreta de esa pedagogía con la que Dios, continuamente y de muchas maneras, reaviva y guía al cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

La categoría de carisma, empleada desde esta perspectiva para fijar la génesis de los movimientos, asume un importante carácter eclesiológico. El Espíritu, que instruye y dirige a la Iglesia, la revitaliza y la renueva con dones jerárquicos y carismáticos arraigados en el Evangelio, conduciéndola así hacia la perfecta unión con su esposo (cfr. LG, 4). La renovada fidelidad del carisma fundacional dilatará la potencia misionera inherente al movimiento, haciéndolo más adecuado para servir a la Iglesia y al mundo.

La Iglesia, pueblo de Dios en camino dentro de la historia, se encuentra siempre con nuevas realidades, situaciones humanas siempre distintas, dentro de las cuales debe afirmar el señorío de Cristo de manera concreta, comprensible y convincente. Evangelizar de manera misionera hoy no solo significa marcharse a continentes lejanos, sino también penetrar en ámbitos de vida nuevos, creados continuamente por las transformaciones de nuestra sociedad, para mostrar cómo el afecto a Cristo hace más humana la vida del hombre y le permite caminar hacia su verdad. La gran novedad del Concilio es haber señalado que esta tarea es propia de todos los fieles y por tanto también de los laicos.

Creo que estos dos factores –misión de la Iglesia, carisma fundacional– representan el desafío que el Papa y la Iglesia presentan a los movimientos de cara al segundo milenio. Es el desafío de la catolicidad.

En efecto, en ella los movimientos están destinados a crecer según la medida de la voluntad de Dios o a reducirse hasta desaparecer. Catolicidad significa, según las múltiples indicaciones del Santo Padre, capacidad para vivir el carisma en relación a la totalidad de las implicaciones del misterio de Cristo que la Iglesia no se cansa de proponer, sin parcializarlo sesgando ciertos aspectos. Pero catolicidad indica también la energía con la que testimoniar, con el cambio de la propia existencia, lo decisivo que resulta para el hombre de hoy el «fenómeno» Jesucristo.

2. «Nosotros creemos en Cristo, muerto y resucitado, en Cristo presente aquí y ahora, el único que puede cambiar y de hecho cambia, transfigurándolos, al hombre y al mundo» (Discurso por el treinta aniversario de CL, 29 de septiembre de 1984, n. 3). El anhelo humano de cambiar, que se documenta de múltiples maneras en el mundo actual, se apoya por tanto, para los cristianos, en esta firme convicción que es principio de auténtica cultura. La modalidad con que los movimientos han sido llamados por el Santo Padre a vivir la misión de la Iglesia ha adoptado la forma de una invitación reiterada a construir la civilización de la verdad y del amor.

Por ello, el Pontífice no se cansa de hablar de evangelización de la cultura y no tiene miedo a reclamar a los movimientos a que presenten, partiendo de una cultura generada por la fe, «formas de vida nueva» (Discurso al Meeting de Rimini, 29 de agosto de 1982). Esto exige un método que eduque personalidades maduras que, sin renunciar a la singularidad del carisma, sea fiel a los cuatro pilares con los que el Concilio identifica la plena participación en la Iglesia: fe, sacramentos, comunión y «régimen eclesiástico» (cfr. LG, 14).

El problema pastoral de integrar la acción de los movimientos en la actividad ordinaria de la Iglesia creo que puede verse clarificado por la urgencia de la «evangelización» de la cultura, así como por la necesidad de una eficacia renovada que dé impulso a la Iglesia

en la vida de la sociedad (cfr. Discurso en el Congreso de la Iglesia italiana en Loreto, n. 7). En efecto, la respuesta a problemas similares no vendrá ante todo de una multiplicidad de estudios teológicos o proyectos pastorales. Hace falta, más bien, mirar al Espíritu para ver lo que Él suscita en la vida de la Iglesia, para ver dónde se manifiesta concretamente una relación misionera adecuada entre la Iglesia y el mundo y dónde empieza a dar fruto. La respuesta a este problema crucial hoy no es un proyecto humano, sino una iniciativa del Espíritu. No es exagerado reconocer humildemente que los movimientos son la emergencia de este camino.

Así como los movimientos deben vivir una mortificación necesaria con vistas a la unidad, un auténtico proyecto pastoral, para ser verdaderamente «espiritual», debe favorecer y valorar estas presencias.

3. «La formación del cuerpo eclesial como Institución, su fuerza persuasiva y su energía agregadora tienen su raíz en el dinamismo de la Gracia sacramental. Pero encuentra su forma expresiva, su modalidad operativa, su incidencia histórica concreta por medio de los diversos carismas que caracterizan un temperamento y una historia personal» (A los participantes en un curso de Ejercicios espirituales para sacerdotes promovido por CL, n. 2). Este continuo intercambio entre institución y carisma es una exigencia irrenunciable de la encarnación. De ninguna manera puede concebirse esta relación entre gracia y libertad en términos de alternativa dialéctica, como si la institución no fuera un carisma o el carisma no necesitara de la institución. Al final ellos son la *única* realidad de la Iglesia. ¿Acaso se podría pensar en el organismo humano sin el esqueleto que lo sostiene? Del mismo modo, es inconcebible que la Iglesia viva sin institución.

La gran intuición de Agustín frente a los donatistas considerando la institución como expresión de la *santidad objetiva* de la Iglesia marca el camino del seguimiento imprescindible que el carisma debe a la institución. Aquí también se puede ver una invitación del Pontífice a las jóvenes realidades de los movimientos para inventar formas más auténticas de relación con la vida ordinaria de la Iglesia. Por otra parte, la Iglesia es el lugar eminente de la libertad, la libertad de los hijos de Dios.

Se reclama entonces a los movimientos a dos dimensiones fundamentales que certifican, en cierto sentido, su autenticidad. La primera de ellas es la referencia filial a los obispos y al Papa. La jerarquía no tiene el monopolio de los carismas, pero posee el carisma del discernimiento y de la ordenación de todos los carismas al bien común de la Iglesia. En segundo lugar, el auténtico carisma debe solicitar una apertura fraterna hacia todas las demás experiencias que conducen de diversas formas a la única verdad sobre Dios y sobre el hombre revelada en Cristo.

Desde este punto de vista, el Papa comprende muy bien que los movimientos no son «asociaciones de laicos». La presencia de sacerdotes en los movimientos no es por tanto en cierto modo algo accesorio, no es un servicio prestado «desde fuera». Al contrario, es una respuesta a una llamada personal, que en cierta medida también es constitutiva de la vocación concreta de cada persona. Por ello, la adhesión a un movimiento, lejos de entrar en contradicción con la vocación sacerdotal, supone una ayuda para comprender y vivir mejor la propia pertenencia eclesial (cfr. A los participantes en un curso de Ejercicios..., *cit.*, n. 3).

4. Creo que las palabras del Santo Padre son un gran don para los movimientos y también una invitación para una posterior profundización, teológica y práctica, en su vocación y en su función específica en la Iglesia. «Son un signo de la libertad de formas, en que se realiza la única Iglesia, y representan una novedad segura, que todavía ha de ser adecuadamente comprendida en toda su positiva eficacia para el Reino de Dios que actúa en el hoy de la historia» (Discurso por el treinta aniversario del nacimiento de CL, 29 de septiembre de 1984, n. 3). Es justo responder a esta invitación con un esfuerzo sincero por construir en la dirección que el Santo Padre indica. Por eso, Comunión y Liberación, que espera con esperanza los resultados del inminente Sínodo extraordinario sobre el Concilio, está trabajando para contribuir al Sínodo de 1987, sobre la misión eclesial de los laicos.

Luigi Giussani